

PARA NO APRESURAR LA LLEGADA

(3er. Lugar)

Por Alejandro Sandoval

PIC-NIC:)

Para Beatriz, Guadalupe y Lucía

En cuanto empezamos a caminar
alguien dice algo acerca del monstruo del pantano,
la orilla es un pantano.
Hablamos con la pesadez de quien se encuentra entre desconocidos
y todo va transformándose en una pesadilla:
el cruce del puente,
el caminar por el lodo,
el trepar el cerro y andar entre matorrales,
hasta tus palabras y la presencia de los demás.
Después aparecen la comida y el vino.
Las canciones hacen aún más nublada la tarde
refregándonos la inutilidad de nuestra risa.
Tal vez si de los matorrales surgiera un uniforme verde
con su metralleta y la gran barba;
tal vez si desaparecieras arrastrada por la corriente del río
y yo me decidiera a violarte,
alguien se pondría histérico.
Pero nosotros somos una sola y monstruosa broma
que en cualquier momento se viene abajo.
Hay que regresar
e invoco con todas mis fuerzas a algún monstruo; inútil.
Llegamos a donde nos esperan los ancianos.

SPRINT:)

para Charlotte Bradley.

Vienes con un dejo de vértigo
suficiente para que alguien se fije en tus ojos.
No hay triunfo:
tus dientes grandes, posiblemente feos,
son esa necesidad que yo invento,
que tú has desenterrado
con el mito de quien ya no se pertenece.
Vienes con una mueca de miseria, de prostituta legendaria,
con un amarre incierto a lo que nos dicen que eres;
pero también existe el estadio abandonado,
o la ovación a la victoria que no es nuestra,
o el deseo de acariciar tu espalda,
la huesuda cadera,
tus muslos flacos y vigorosos, casi de colegiala;
y tus manos ¿cómo serán?
Quizás ésto sea una derrota
porque no estamos ni en tu vientre, ni en la pista,
en donde deben quedar vestigios
de la madrugada que te desató los pies.

TE OBSERVO:)

Te observo caminando por el departamento,
palpando las puertas, cada mueble,
pisando con fuerza la vieja alfombra,
recorriéndolo todo,
esforzándote en vano por abarcarlo y acabar con ello.
Te sientes acorralada y como en cualquier hotel
te desnudo y me desnudas.
Desde los otros departamentos
nos llegan algunos cuchicheos.
Después, tomándonos de la mano,
caminamos hacia el auto
dejando puertas y ventanas abiertas:
—Es inútil— dijiste,
—la casa no se va a llenar de pájaros—
y abandonamos la ciudad.
Antes incineramos la ropa
y nos dimos cuenta de que los días soleados
no son sólo salidas al campo,
de que los juegos de luces y los espejos
reafirman el sonido burlesco de las discotecas,
de que las piedras a la orilla del asfalto son obsesivas
y la velocidad no es sólo de las autódromos.
¿Te imaginas galopar por el valle en un caballo desbocado?
Hemos muerto lentamente:
alguna curva del camino señala el atardecer que nos detuvo.

RETORNO:)

Me incliné hasta cubrirte
y renunciamos a llorar ante las emboscadas
en las que algunas formas del rencor nos sorprendieron desnudos,
pero no hay lugar donde guarecerse: sólo paredes y ventanas;
no podemos contar con un reloj; a veces, solamente con los cuadros,
con los muebles y hasta con nosotros mismos.
¿No recuerdas si antes de intentar la huida
perdimos la clave para no regresar?
¿O acaso la arrojaste al mar cuando llegamos a él
y en esa tarde se fue de tumbo en tumbo...?
Ya sin otro remedio regresamos
sabiendo que años y meses habrán de suceder a nuestra derrota
antes de que alguien más la comparta.
Fuimos débiles de pies
y los bolsillos estarían todavía húmedos de aves y arena
si no me hubiera conformado con llegar no muy lejos
y quedarse con el horizonte mientras deshacías lo andado.
Ahora queda ya muy poco en la espesura de las hazañas,
pero los edificios no serán suficientes jamás,
el deseo de salir se teje de tus ojos a los de cualquiera
aunque un día, pudiendo caminar
sin sabor de las señales a la intemperie,
volviste antes del anochecer.
Seguramente soy el heredero, aunque a medias,
de los siglos anteriores, de muchos viajes sin terminar.
Nadie esperaba nuestro retorno,
pero amamos demasiado todo este horror.

HACIA EL OESTE QUEDA EL OCEANO:)

Bajamos del auto;
el viento llega removiendo la amargura de un girasol ciego.
Por la tarde había un sol obcecado.
Hacia el oeste queda el océano, muchacha,
y no sólo te recuerda a los transeúntes que preguntan la hora,
sino que cuando llegas a él olvidas tu jardín
en donde las flores tienen muchos atardeceres sin horizonte.
La playa es una rueda que se hace girar bajo los pies,
casi como una ola sin color.
Allí la vista recorre la lejanía imaginando una batalla naval
o tratando de adivinar el nombre del ahogado.
También en el jardín suceden cosas,
—el viento arrastrando la historia de las hojas pisadas
o los periódicos con sus letras de muchos atardeceres—
pero sólo la casa cuando cruje se parece al mar;
entonces tienen lugar los naufragios y las tormentas
y desde el jardín llega el viento con sus girasoles ciegos,
con sus jaguares, su danza hirviente y sus esteros,
hasta que la profunda mirada que abandonamos en el césped,
como abandonan su navío los dos últimos tripulantes,
se pierde formulando una pequeñísima señal,
anuncio del final de una historia y sus armas.

HE ABIERTO:)

He abierto tus labios y tu sexo:
te he tocado, casi registrándote,
queriendo encontrar algún barbitúrico.
He visto que te maquillas y te desmaquillas
sin ver sus ojos claros ni su pelo rubio.
Te he hablado de cuando era muchacha
y trabajaba de empleada;
entonces me ves con tu mirada tan grande,
me observas.
Luego te niegas y nada me dices de su infancia,
ni del marinero que tanto amó,
ni de los otros.
Acudo a ti
porque se que no eres ese póster
donde aparece desnuda sobre un fondo de terciopelo rojo
(a veces, la soledad es un fondo de terciopelo rojo).
Sin embargo,
me gustaría verte acorralada
en ese pedazo de papel
sin saber por qué sonríes
(un día dijiste que preferías no haber nacido,
el suicidio vino después).
Hablamos de los barbitúricos y siento mucha tristeza:
no alcanzaste a llamarme por teléfono.